

El higarón

No muy apartado de la villa de "Cumbrecillas", que tiene su asiento a orillas del Cantábrico, se encuentra el barrio de San Andrés, sobre una placentera meseta colocado.

Extiéndanse delante del espectador verdes prados de menuda y apretada hierba, que descienden con suave declive hasta besar las tostadas arenas de la vecina playa, nunca por la marea bañadas.

Esta playa, desierta durante el invierno, sin que recorran sus orillas otros seres que las solitarias gaviotas, algunas bandadas de ánades que se mecen sobre las aguas, por fuera de las rompientes, tórnase risueña y alegre en la buena estación, en que a prestarla movimiento y vida acuden los pescadores de caña, ávidos del pez blanco, y también los ganados que bajan en tropel a sus riberas a pastar las hiervas salitrosas que son tan querenciosas.

Bajo un ribazo, en lugar sombrío de dicha costa, ha nacido una higuera a la cual los naturales del barrio denominan "el higarón", acaso por lo que tiene de bravía y descompuesta. Sirvenla de amparo contra el ímpetu de las olas dos escarpados ribazos. Desarrollanse por cima de ésta las ramas del higarón, las cuales dan sombra a un profundo pozo de forma semicircular.

Es tradición (que viene transmitiéndose por generaciones sin cuento) que moran en este misterioso pozo, en amigable consorcio, un viejo congrio-Luciato, cuyo pellejo tiene el negro lustroso azabache; un pulpo no menos añoso, de muy largos y nudosos rabos, y uno zapata de parda y escabrosa piel. Estos tres veteranos, a quienes el pescador respeta, nunca han husmeado el cebo del anzuelo; aunque en vano hubiera sido intentarlo, que a fuer de viejos marrulleros, habrían sabido esquivarle.

Una tarde verano, vagando el que esto escribe por aquellos sitios, tuvo ocasión de observar a tres muchachos que caminaban por un prado, derechos al higarón. Hubo de preocuparme su actitud silenciosa, el pisar leve y sutil, pues apenas hollaban con el desnudo pie las preciosas y pintadas margaritas en que aquel prado abundaba.

El mayor, que hacía de guía y que apenas contaba más de diez años, volvíase de cuando en cuando muy espantado hacia los dos rapaces, llevándose el índice a los labios para que guardaran silencio a medida que se acercaban al higarón, hacían mayor empeño para evitar todo ruido; y como al efecto marchaban de puntillas, eran de ver y de reír las diferentes actitudes que tomaban para no desplomarse, haciendo balancín de los brazos.

Picado por la curiosidad (por ver en qué paraba aquella que tenía asomos de aventura infantil) híceme a un lado del sendero, poniéndome a cubierto de un bardal, desde donde podía ver sin ser visto. Cuando el muchacho, el director de escena, vio a su alcance las ramas del higarón, arqueó el cuello, hizo hincapié con el pie derecho, y poniéndose casi horizontal la pierna izquierda, quedando al desnudo la pantorrilla correspondiente por habersele subido la pernera, aspados los brazos y apoyando la barba sobre una de las ramas del árbol, allá metió la enmarañada cabeza, entre las grandes, anchas y ásperas hojas del higarón, con ánimo sin duda de escudriñar los escondidos misterios que encerrar pudiera el espantable pozo. Los otros dos rapaces, sin poder dominar la situación se esforzaban en vano por tomar las actitudes de su compañero. Al poco rato, Elerusque -que por este apodo era conocido-, dando un respingo en redondo, con los pelos de punta, pálida y desencajada la faz y llevándose ambas manos a la cabeza, exclamó:

-¡Pero Di... ii... os! ¡Qué rabos!

Y dióse a correr por aquellos prados, que no le alcanzaba un gamo, seguido de los otros, que gimoteaban sin saber por qué.

Entonces, dejando yo mi escondite, me adelanté a su encuentro, pudiendo detenerlos mi inesperada presencia en aquellos sitios.

-Dime, tú, Elerusque, ¿Qué mil demonios viste en el pozo que te lleva tan espantado?

-Vi...i...i... ¡Pero, Dios!... ¡Qué rabos!... Parecían a modo de ramajes de culibras, que lo salían por debajo de la capilla... ¡Me valgal... ¡Qué capilla!... Mire usted... cuando yo me somé, ¡colial!... ¿Me vio usted por si acaso?... Bueno; pues enestonces escomenzaba él a asomar por la raja de la peñona, y después otro y otro, y luego de pronto... ¡Me valgal... escomenzó a largar rabos por las bandas..., y a nadar, y cuando iba por la metá del pozo -más que menos- dio en gomitara tinta, y en seguida chapó... Digo yo que lo de la tinta no quita que fuera por cegar a la zapata, que le estaría atisbando; porque enseguida salió otra vez y luego atraco al otro lao de la peña, y atracando, volvió a meter los rabos padentro y se escondió. A mí lo que me aceleró fue que vi a la zapata que asomaba la cabezona, y me echaba unos ojos... ¡Madre qué ojos!... Pues, espérese un poco, que no fue eso to; que un poco más abajo estaba el congluciatu asomando el jocicu por una rendija, y me enseñaba unos dientucos... ¡tan blanquines!... y más finos que puntas de alfileres. Que le digo a usted que eso fue lo que a mí me perdió, que lo que toca al pulpe... Me esmurcio por la peñona y le echo el trapo blanco, que endenantes le corté de la camisa, con esta navaja de pescar lampas. Que se le echo, como se diz, vamos... (Elerusque se hombrea)... lo cual, que ya les había dicho a estos que me cortaran una vara de sagú pa poner el trapo a la punta... ¿Nordá, chachos?

Y los “chachos” asienten, con los ojos muy espantados y llevándose cada cual el índice de la diestra mano a la ventana de la nariz correspondiente.

-Lo que toca a estas horas le tengo ya bien majao y colgando a secar de los guinchos de la peñona.

Y diciendo esto, giro en redondo sobre el talón derecho, miro al soslayo, y moviendo la cabeza, llevöse la diestra a la parte pos de la misma. Aconsejeles que para en adelante miraran de lejos y con recelo al higarón, no fuera el diantre -de no hacerlo así- que llegara el día en que se escucharan muy bonitamente por entre sus ramas no parando hasta lo más hondo del pozo, pues entonces sí que no les arrendaba la ganancia; porque el pulpe les enredaría entre sus largos rabos, y mientras tanto no quita que la zapita y el Luciano hicieran de ellos una merienda. Prometiéronme todos medrositos y al parecer de muchas veras, que así lo harían.

Entonces saqué del bolsillo tres motas (piezas de a dos cuartos), diles una a cada uno, y mostraron quedar contentos de mi largueza, dándose a triscar por la pradera, largando zapatetas.

II

El otoño que siguió al verano de la aventura de los muchachos, y hacia los primeros días del mes de octubre, llegó Chisco el de Rozadío conduciendo los ganados del barrio de San Andrés, que tornaban del puerto. He de pasar por alto la grita y algaraza que produjo en el barrio un acontecimiento tan fausto. El regocijo de los unos que ven llegar sus vacas lucías y retozonas; el desconsuelo de los otros al recibir de manos del pastor, y por toda herencia, las astas de las suyas, en señal del siniestro; el mugir suave de las tiernas novillas, el triscar de los alegres juguetones jatos; el correr de los muchachos

por callejones y corrales, lanzando el palo a esta vaca por espantadiza, a la otra por vistosa... que esto y mucho más, escrito lo tiene, de modo magistral y como a él le es dado hacerlo, el insigne Pereda.

Acomodose aquella noche Chisco el de Rozadío en la casa del tío Pepe, el patriarca de los labradores del barrio, el hombre de más razón, de mas voluntad y de mejor verdad decir de todos los de su clase. Cenaron (es de suponer que con muy buen apetito) a la manera labradoresca, y hasta tuvieron su poco de extraordinario, que lo fue un hermoso jargo -aderezado en caldero, con aceite, ajos y pimientos- pescado aquel día por el tío Pepe en la costa del higarón. Ponderole Chisco en gran manera y aseguro que nunca de otro tal había gustado, añadiendo que diera algo bueno que tuviera por tal de pescar, o ver pescar, aquellos peces de la mar, la cual jamás había visto, si no fuera daque vez dende lo alto del puerto, y eso, cuando no se lo estorbaban las nieblas.

Prometiole el tío Pepe que a primera hora de la siguiente noche, con la luz de la luna y a la punta de la marea, habían de ir al higarón a echar una vara; que en su concepto había de pintar, porque la mar se venía y había de darse el pez.

¿Quién era ese Chisco el de Rozadío?

No me toca a mí decirlo, ni soy llamado a tamañas empresas; quédense estás en espera de mejor pluma y de otra ocasión, que no han de faltarles, si no mienten mis noticias. Entonces se sabrán proezas tales que sorprendan el ánimo y cautiven la voluntad. Y en buenas manos queda el pandero, que le sabrán bien tañer. Tan solo apuntaré que, más que pastor de ganados, fue terror de alimañas, allá en los primeros albores de sus ejercicios venatorios, y

andando el tiempo hubo de habérselas tete a tete -por decir algo en francés- con los osos. Y no digo más, tangente a este particular.

Y por lo que al otro hace, sí diré que Chisco no pesco ni pizca de sueño aquella noche, preocupado con la idea de ver pescar jargos en la siguiente. Así que apenas los primeros destellos del nuevo día se colaron por entre las ripias del tejado, dejó el mullido jergón y diose a todo correr por aquellos prados abajo, no tardando en dar con la costa, que era lo que iba buscando. Y allí revolvió peñas y comió lapas, y chupó muriones, y persiguió camaros, y machaco erizos, y hasta construyó hornos en la arena, con los muchachos. Y después trepó a los más altos peñascos para mejor dominar las olas y poder contemplar a todo su sabor como, al estrellarse aquellas contra las rocas, se deshacían en cascadas de blanca espuma. Por último, jadeante y convulso, con el pecho al aire, la lengua entre los dientes, volvió al barrio, sin poder articular palabra ni encontrarla adecuada en su vocabulario para poder expresar las impresiones que sintió a la vista de aquel mar inmenso, jamás por el visto hasta entonces, si no fuera por un agujero.

No perdía el tiempo, entretanto, el bueno de tío Pepe. Cuando Chisco llegó al barrio, encontróle muy afanado en desamarrar una caña de pescar, la cual hacía ya un año que la tenía muy ceñida y sujeta con cuerda de bala a los tornos de la solana de su casa, sin duda para que no hiciera vileza por haber caído al descuido de cortarla en creciente. Una vez desamarrada y después de haberla ajustado una coz de madera de álamo, bien curada, echola al hombro y dirigióse con ella a la calleja más larga, menos sucia y mejor alineada del barrio.

Colocose a uno de los extremos de aquella, y llevando el cabo de la coz al ojo derecho, tirole la visual, por ver si mentía; hízola luego oscilar largando

unas cuantas varadas en seco y, por último, tomó unos escajos del corral vecino, hizo con ellos una fogata, y llevando la punta de la caña a la llama, dióle por ella unos cuantos pases, con gracia y singular maestría ejecutados. De todo lo cual se admiraba Chisco que lo presenciaba, y tenía suspenso y boquiabierto.

-Todo esto que me ves hacer y que paez como que te pasma, Chisco, el mío, obedece al punto de estrene de caña, y de estrenala, ha de ir bien probá, y con todas las reglas estipulás por el arte. Y ahora te diré que, si el temperamento del cielo no miente, la noche ha de presentarse como es de apetecer.

No le salieron fallidos, al tío Pepe, sus pronósticos, correspondiendo a ellos el temperamento del cielo, regalándoles una noche templada y serena.

Emprendieronla, pues, camino del higarón -alumbrados por la luna- el pescador de jargos y el cazador de osos; aquel, con su vara de pescar al hombro y pendiente del brazo una cesta de mimbres tejida, la cual contenía las camadas y el macizo; mientras que Chisco llevaba -por toda impedimenta- un grueso y largo palo de acebo, con tachuelas amarillas clavadas en los nudos. Llegado que hubieron, tomaron asiento a espaldas del higarón, en los extremos salientes de las dos rocas, que casi circundan el pozo, al cual baña la marea en la pleamar, invadiendo también una ría que está por la parte del sur.

El tío Pepe macizo en todas las direcciones y a toda su satisfacción, a fin de atraer la pesca.

Echó la última ojeada a la caña desde la coz a la punta, dio unos cuantos tirones a la tanza, por si mandaba resistencia, reconoció el anzuelo

para asegurarse de que estaba bien empatillado y... allá fue silbando la alambrada a perderse entre las revueltas espumas y la tonga del macizo. Y el lance empezó bien, porque apenas el anzuelo habría llegado al fondo, cuando ya se sintió la picada, haciendo oscilar la punta de la vara; picada que alborozó al tío Pepe...

-¡Chiscol... Este es el gorro... gordo es... Tema que no le hemos de lograr... ¡Y cómo jala el maldito!... Pudiera ser dorá...

En esto, levantóse con presteza y empezó a varear el pez con gran desembarazo y maestría, dejándole ir unas veces a merced de la corriente y trayéndole otras hacia el remanso, hasta que rendido el pez de fatiga, viósele a la claridad de la luna, tendido sobre las aguas y presentando el azulado lomo. Era una enorme lobina, cuyo grandor sacó de quicio a tío Pepe, el cual, queriendo aprovecharse del cansancio del pez, tiro hacia sí una varada brusca, rápida, impetuosa, que hizo crujir la coz y resentirse la punta de la vara; pero sin éxito, porque la lobina, al verse con la cabeza fuera del elemento, dio una fuerte sacudida, yéndose al fondo y llevando tras sí el aparejo... ¡Válgame Dios! ¡Y que desazón, diz que le causo al pescador tamaño fracaso! Cuentan que hasta se permitió proferir algunas interjecciones malsonantes... ¡Aquel tío Pepel... que era tenido -entre los suyos- por el hombre comedido en el lenguaje, y, además, de mucho bazo.

Por último, se resigno -relativamente- y sacando de la cesta un nuevo aparejo, procedió a la pesada faena de su colocación. Mientras tanto, Chisco se lamentaba, a la par que el tío Pepe, del lance perdido. ¿y no es buena que ha este Chisco, el hombre de los altos puertos, que jamás se inmuto al verse de frente con los osos, le causara espanto el más leve ruido que en medio del silencio profundo de aquella noche fuera de notar? Las hojas desprendidas

del higarón, al suave aliento del terral, hacíanle volver la cabeza estremecido. Los peñascos de la costa, agigantados por la débil luz de la luna, antojábansele descomunales fantasmas, en negros y ajironados hábitos envueltos. Las aves marinas, que en espesas bandadas dejaban las revueltas aguas del mar y pasaban sobre su cabeza a las de la ría, más tranquilas, le causaban sobresalto.

Cuando el tío Pepe se disponía a lanzar la segunda varada, con esperanza de mejor resultado que el obtenido con la primera, vieron que, de la parte de la ría y con la dirección hacia donde ellos estaban, avanzaba sobre las aguas un bulto negro, que no dudaron debía pertenecer al reino animal, aunque no les fue dado adivinar su especie.

Únicamente echaron de ver -a medida que se les acercaba- que llevaba el hocico levantado y tenía sobre el lomo un bulto a modo de joroba. Pusiéronse en pie prontamente, miráronse el uno al otro y ambos empezaron a temblar, dando diente con diente, como tocados de alferecía.

Cuando tuvieron al monstruo a tiro de piedra, arrojáronle algunas de las rodadas en la costa, que a prevención acostumbran tener a mano los pescadores de caña. Chisco alcanzaba el cielo con las manos, pidiéndole ahincadamente le sacara con bien de aquellas congojas y le pusiera pronto del otro lado de los montes, a la vera de sus amables osos. El tío Pepe tampoco las tenía todas consigo. Decía que no se daba cuenta de lo que aquello pudiera ser; que nunca otra tal se había visto por aquellas aguas, ni siquiera soñándolo; que tampoco podía ser ballenato ni tajurón, porque estos peces mayores vivían de mar de bajura para fuera.

Mientras así discurría el tío Pepe, el monstruo, que abocaba ya a la barra, hacia por salvar las marejadas, que le arrollaban sin dejarle ir avante

hasta que, al orzar una de las más gruesas, le rompió por los costados, y entonces el cetáceo (digámoslo así) se dividió en dos... ¡Aquí el santiguar del tío Pepel... Por lo que hace a Chisco... quedóse lívido y sin movimiento, como figurón de cera. El primero que pudo hablar fue el tío Pepe, y dijo que aquello no podía ser por menos que ser obra del mismo demonio... Chisco asentía automáticamente, con la cabeza, sin dar otras señales de vida.

En esto reparó tío Pepe (menos ofuscado que Chisco) que una de las dos partes del monstruo dividido era llevada por la marea en dirección de la costa, como cuerpo muerto, mientras que la otra iba echando centellas a todo nadar, y libre de la joroba.

Pensando estaban qué podía ser, qué no sería, cuando a orillas de la ría se oyó un... rebuzno, que repitieron los ecos media legua en contorno.

Al propio tiempo apareció un hombre por la parte de tierra del higarón, maldiciendo de su mala estrella. Era un vecino de un pueblo inmediato que intentaba introducir fraudulentamente por vía de matute- un pellejo de vino a lomos de un burro. Perdió el vado el necio animal, y echándose a nado, dejóse arrastrar a merced de la corriente.

Con el rebuzno vivieron a componerse aquellos ánimos descompuestos, pasando súbitamente de lo triste a lo alegre, con demostraciones tales de risa, que a no haber sido precavidos haciéndose ambos dos ovillos y aplicando al propio tiempo los puños a los ijares, hubieran concluido por desternillarse y caer rendidos de fatiga al pozo.

El matutero, después de haber cogido al asno y apaleándole a su antojo, volvió a reunirse con nuestros conocidos, y prometioles -a trueque de que no le delatasen- que aquella noche harían una buena cena, mojando con el peleón

que el cuero contenía en sus entrañas, un bacalao, cuyo guiso corría de su cuenta.

Así lo hicieron, llegada la hora, en amor y compañía; pero como todo, al fin, llega a saberse, supose también, sin que pasara mucho tiempo, lo de la cena con todo lo demás que referido queda.

Al siguiente día levantose Chisco con el alba, y despidiéndose agradecido de su hospedero y demás labradores pudientes del barrio, tomo el camino de Rozadío -su aldea-, no llevando poco que contar a sus deudos, amigos y convecinos.

Ahora... yo te juro, lector, por los toros de Guisando, que lo dicho es la verdad, aunque no esté bien relatado.

Ccc higarón más é chupó múm día Chisco el de Rozadío